

Autora

Martínez Serrano, Leonor María

Título

Programas educativos europeos o las políticas lingüísticas de la Unión Europea

Resumen

En el presente ensayo se ofrece una panorámica sobre los programas educativos europeos, que hunden sus raíces en las políticas lingüísticas de la Unión Europea en materia de promoción del aprendizaje de las lenguas diversas que conforman el mosaico lingüístico de una Europa multicultural y plurilingüe. Tras una reflexión sobre el binomio lengua-cultura, nos adentramos en el aprendizaje de lenguas en el contexto europeo para concluir finalmente con un esbozo del horizonte de la Europa del siglo XXI a la luz del nuevo Programa Erasmus +.

Texto

I. El binomio lengua y cultura.

Lengua y cultura son como el haz y el envés de una misma hoja, una hoja de las innumerables que constituyen el árbol del lenguaje. De este árbol nacen ramas que son las familias lingüísticas (la indoeuropea, entre ellas) y hojas que son cada una de las lenguas que han existido sobre la faz de la Tierra. Nada hay más humano, de hecho, que la lengua, creación genuinamente humana. El ser humano, criatura simbólica, es *homo loquens*, criatura que habla, que expresa significados mediante un repertorio de signos lingüísticos que la convención y la tradición sancionan con el paso del tiempo. En los albores del siglo XX, **Ferdinand de Saussure** sabía para sus adentros que una secuencia de fonemas (que adquieren entidad corpórea en las letras y en los sonidos) que constituye el significante se asocia a (o esposa con) el significado, imagen mental o concepto universal. Es precisamente esa universalidad de los signos lingüísticos de una lengua la que convierte a esta en una herramienta capaz de trascender la subjetividad visceral e inevitable de todo hablante y convertirse en cauce de expresión de significados compartidos y medianamente objetivos¹. Así pues, la constelación de signos lingüísticos hablados y escritos por una comunidad humana es lo que denominamos lengua, que no debe confundirse con el lenguaje, facultad innata al género humano que permite a los hombres y mujeres de distintas épocas y latitudes comunicarse los unos con los otros, aun estando ausentes en el espacio y/o en el tiempo. El gran astrónomo **Galileo Galilei** elogiaba precisamente esta bondad de las lenguas humanas: su capacidad para hablar a quienes no existen aún para transmitirles mediante la escritura las intuiciones y hallazgos valiosos alcanzados en el lapso de una vida humana, que no es sino un latido minúsculo en el hálito gigantesco del universo.

¹ Decimos *medianamente* porque las palabras acaban por secretar una constelación de matices insólitos, a modo de círculos concéntricos, para cada uno de los hablantes de una lengua en virtud de sus experiencias y vivencias idiosincrásicas, que son únicas e irrepetibles.

Mas el ser humano también vive inmerso en una comunidad que habla y que comparte unas mismas señas culturales, vale decir: un inmenso legado de conocimientos, prácticas sociales sancionadas por la tradición y una cosmovisión idiosincrásica propia en sentido lato. Esto significa que el lenguaje es uno solo, pero las lenguas, cual especies vernáculas de un ámbito espacio-temporal que forman un singular ecosistema, son diversas y proliferan asociadas a culturas específicas atadas al suelo y al aire de un lugar concreto. En tanto que organismos vivos, las lenguas crecen, maduran, evolucionan y se metamorfosean en algo distinto a lo que eran en un principio. En ocasiones, se ven abocadas a la desaparición por razones ajenas a su propia lógica evolutiva. Las guerras, los genocidios y las vicisitudes históricas que afectan a los pueblos no dejan inmunes a sus lenguas y culturas. El caso más flagrante es el de las lenguas de los pueblos indios nativos del continente americano, víctimas en muchos casos del empuje agresivo del hombre blanco, del ostracismo y del olvido que las condujeron a su extinción. Y una lengua que lleva una existencia precaria en archivos que solo consultan diligentemente los antropólogos o los lingüistas es una lengua muerta porque ya no hay voz humana que la profiera. Cada vez que desaparece una lengua humana, desaparece toda una cultura que se halla íntimamente ligada a ella: se trata de una pérdida irreparable de dimensiones cósmicas, como en el caso de la desaparición de una vida (humana o no humana). **Ortega y Gasset** lo expresó con gran lucidez en "*Miseria y esplendor de la traducción*":

La realidad es un "continuo de diversidad" inagotable. Para no perdernos en él tenemos que hacer en él cortes, acotaciones, apartados; en suma, establecer con carácter absoluto diferenciaciones que en realidad sólo son relativas. Por eso decía Goethe que las cosas son diferencias que nosotros ponemos. Lo primero que el hombre ha hecho en su frente intelectual con el mundo es clasificar los fenómenos, dividir lo que ante sí halla, en clases. A cada una de estas clases se atribuye un signo de su voz, y esto es el lenguaje. Pero el mundo nos propone innumerables clasificaciones y no nos impone ninguna. De aquí que cada pueblo cortase el volátil del mundo de modo diferente, hiciese una obra cisoria distinta, y por eso hay idiomas tan diversos con distinta gramática y distinto vocabulario o semantismo. Esa clasificación primigenia es la primera suposición que se hizo sobre cuál es la verdad del mundo, es, por tanto, el primer conocimiento. He aquí por qué, en un principio, hablar fue conocer. [...] Las lenguas nos separan e incomunican, no porque sean, en cuanto lenguas, distintas, sino porque proceden de cuadros mentales diferentes, de sistemas intelectuales dispares — en última instancia—, de filosofías divergentes. No sólo hablamos en una lengua determinada, sino que pensamos deslizándonos intelectualmente por carriles preestablecidos a los cuales nos adscribe nuestro destino verbal.²

² Ortega y Gasset, "Miseria y esplendor de la traducción", en Obras completas, Vol. V, Madrid, Revista de Occidente, 1964, pp. 446-447.

Lengua y cultura son, pues, el haz y el envés de una misma hoja. No hay forma de disociarlos sin ejercer una violencia antinatural sobre ellos. Hablar una lengua equivale no solo a pensar la realidad circundante por los cauces establecidos por el sistema de signos lingüísticos que nos permite verbalizar nuestro enfrente emocional e intelectual con el mundo, sino también a respirar la cultura de una comunidad humana dada y a abrazar amorosamente una visión concreta del mundo, de las cosas y del lugar que ocupa el ser humano en todo ello.

II. El aprendizaje de lenguas en el contexto europeo.

No hay mayor riqueza que la que toda persona es capaz de llevar consigo. No nos definen las posesiones materiales ni las propiedades, ni la trayectoria académica o profesional, ni los vínculos familiares o las afiliaciones políticas e ideológicas, ni siquiera nuestros libros más queridos. Hay algo de contingencia inevitable en todo ello: una persona no escoge libremente nacer en el seno de una familia determinada, en una época o lugar de su predilección, en una sociedad agraria preindustrial que se mueve al ritmo de las estaciones o en una sociedad poscapitalista y posmoderna dominada [6] por lo efímero y la inmediatez de las nuevas tecnologías. Existe un tipo de riqueza que es intangible e inmensurable. No es visible: *l'essentiel est invisible pour les yeux*, decía **Antoine de Saint-Exupéry** inolvidablemente en *Le petit prince*. Un puñado de verdades elementales, un conjunto de valores que nos ordenan por dentro y por fuera, las personas a las que amamos y nos amaron alguna vez, las experiencias vividas, los viajes que hemos hecho (mas no como quien colecciona experiencias), los libros que hemos leído y la música que hemos escuchado, los cuadros que se quedaron apresados para siempre en nuestra retina: todo esto nos define, y no tiene precio, aunque a veces somos tan miopes que nos empeñamos en confundir el precio con el valor de una cosa. Todo ello se traduce en un ser-en-el-mundo, en un posicionamiento vital y filosófico (cada cual abraza una filosofía de vida aunque ni siquiera lo sospeche), en una constelación de saberes esenciales y, con un poco de suerte, en una especie de serenidad, paz y armonía interiores. El escritor uruguayo Eduardo Galeano, observador atento de la naturaleza humana, habla de los humanos como de fueguitos, y los hay de muchos tipos, de manera que cada fueguito camina por la existencia con más o menos equipaje según su personal filosofía de vida. Pues bien, el conocimiento de lenguas forma parte de ese equipaje escueto de quien viaja liviano por la vida, no se jacta de forma grandilocuente de su unicidad y no necesita hacer grandes aspavientos para llevar una vida auténtica.

No hay que cejar en el empeño de estudiar y aprender lenguas; se nos ocurren multitudes de razones para no rendirnos. La Unión Europea lleva ya unas cuantas décadas haciendo especial hincapié en la importancia del aprendizaje de lenguas conforme a estándares de competencia homogéneos (recogidos en el *Marco Común Europeo de Referencia de las Lenguas*), como atestiguan las políticas lingüísticas de los últimos años. 2001 fue un año decisivo en este sentido: se conmemoraba el Año Europeo de las Lenguas, no de las lenguas europeas, sino de las lenguas humanas en general y por extensión. Si las lenguas nos definen primaria y ancestralmente como humanos que respiran una cultura dada, entonces habrá que poner todo empeño en conservarlas, en cultivarlas con excelencia, en convertirlas en herramienta de precisión cognoscitiva en nuestro enfrente con el mundo. No hay mejor manera de honrar a una lengua humana que aprendiéndola. En suelo europeo existe una diversidad lingüística que es preciso preservar y cuidar, pues

las lenguas son señas de identidad de los pueblos de Europa y vehículo de expresión de culturas que han hecho grandes aportaciones a lo largo de la historia de la humanidad. Homero, Safo, Sófocles, Ovidio, Virgilio, Séneca, Dante, Petrarca, Chaucer, Shakespeare, Garcilaso de la Vega, Cervantes, Pascal, Goethe, Hölderlin, Rainer Maria Rilke, Pérez Galdós, Charles Baudelaire, Arthur Rimbaud, T. S. Eliot, Ezra Pound, Paul Valéry, Stéphane Mallarmé, García Lorca, Luis Cernuda, Ángel González: todos ellos se expresaron poéticamente en suelo europeo en alguna de las lenguas del preciado legado occidental. Esto no es una mera apología de la *high culture*, por oposición a la *low culture*, ni tampoco un encendido elogio de Occidente por contraposición a Oriente —hogar de los *Upanishads*, los *Vedas* y el *Gilgamesh*. Es una simple constatación de la riqueza y profundidad de ideas y pensamientos, de hallazgos e intuiciones geniales, que encierran las lenguas humanas de todos los tiempos.

Sin embargo, se pueden esgrimir innumerables razones de orden pragmático (y puramente material) por las que es conveniente aprender lenguas: porque el conocimiento de lenguas abre puertas y ventanas en el mercado laboral, favorece una movilidad transnacional más cómoda (el abanico de motivaciones es inmenso: turismo, ocio, trabajo, estudio e investigación), permite el acceso instantáneo a ingentes cantidades de información a través de los cauces de las nuevas tecnologías, abre la mente a lo diverso y a lo otro, cultiva nuestra empatía y común humanidad. Esto es riqueza: de oportunidades, de potencialidades al acecho, de más humanidad. Por todo ello, a lo ancho y largo de toda Europa los sistemas educativos parecen apostar decididamente por el sostenimiento de políticas encaminadas a difundir entre la ciudadanía activa un conocimiento fehaciente de la diversidad lingüística en suelo europeo, al margen de que el inglés siga siendo la *lingua franca* de nuestro mundo. La modalidad de enseñanza bilingüe en la red de escuelas públicas, el enfoque AICLE (Aprendizaje Integrado de Contenidos y Lenguas Extranjeras) o CLIL (*Content and Language Integrated Learning*), las estancias de inmersión lingüística en el extranjero dirigidas al alumnado y al profesorado, las iniciativas y acciones diversas del PAP (Programa de Aprendizaje Permanente)³ dinamizadas por el OAPEE (Organismo Autónomo de Programas Educativos Europeos) en calidad de Agencia Nacional de la Comisión Europea: todo ello obedece a unas sinergias que persiguen la mejora de la competencia en comunicación lingüística de los ciudadanos y ciudadanas de la Europa del siglo XXI.

III. Europa plurilingüe & multicultural en el siglo XXI

Los Programas Educativos Europeos (Comenius, Grundtvig, Leonardo, Erasmus, Visitas de estudio, Ayudantías lingüísticas, Seminarios de contacto, Visitas preparatorias) obedecen al impulso de las políticas lingüísticas de la Unión Europea por hacer de Europa un espacio plurilingüe y multicultural en que la ciudadanía esté dotada de un conocimiento efectivo de otras lenguas aparte de la materna. Y es que Europa es un mosaico de lenguas y culturas desde tiempos ancestrales, y no hay ciudadano o ciudadana que sea estrictamente monolingüe. El multilingüismo, o la coexistencia de lenguas en un mismo espacio geográfico, es tan antiguo como la humanidad misma, aunque es preferible utilizar el término ‘plurilingüismo’, que acentúa acaso la dimensión de la pura interacción,

³ El PAP ha concluido a fecha de 31 de diciembre de 2013 y ha dado paso al programa Erasmus Plus (2014-2020), que viene respaldado por una imponente dotación presupuestaria.

de vasos comunicantes que ligan a las lenguas humanas que son coetáneas. Si la Unión Europea pretende sentar las bases sólidas de un espacio plurilingüe y multicultural, no es por capricho. Hay razones históricas de peso para desear que Europa sea un espacio unido en la armonía social, la cooperación económica y la solidaridad política. La historia de Europa se ha escrito con sangre desde hace siglos y alcanzó su apoteosis en el siglo XX, jalonado por dos cruentas guerras mundiales y otras tantas civiles en puntos localizados de su geografía. La Europa heredera de los ideales ilustrados que inauguraron la modernidad en el siglo XVIII desea a personas humanas y humanistas, atentas a la riqueza de lo propio y lo diverso, sensibles a la polifonía de nuestro mundo, que habla desde siempre las voces de lenguas diversas, que son nuestra riqueza más excelsa, el mayor legado de nuestra especie.

Las estadísticas que maneja el OAPEE sobre el grado de implicación de la escuela española en las iniciativas de los programas educativos europeos no dejan lugar a dudas acerca de la creciente participación y calidad de los proyectos presentados a escala europea. Hace unos años, el conocimiento de todas estas acciones aún no estaba totalmente extendido entre los profesionales docentes de nuestro país, pero a día de hoy las actuaciones del OAPEE están más que consolidadas, han encontrado cauces efectivos de difusión a través de las Consejerías de Educación de las distintas Comunidades Autónomas y, en el caso de Andalucía, a través de la Red de Formación del Profesorado y asesorías de los Centros del Profesorado que la constituyen. Y a la consolidación la acompañan la expansión y el crecimiento: nuevas iniciativas como la promoción decidida del Europass y del Portfolio Europeo de las Lenguas, tanto en formato papel como en formato electrónico (e-PEL +14, presentado por vez primera en sociedad por el OAPEE en Madrid en noviembre de 2009). En este estado de cosas, es, pues, imposible no pensar en la escuela española como parte de un contexto europeo más amplio. Si la Unión Europea empezó siendo una Comunidad Económica Europea, enseguida empezaron a darse pasos decididos hacia un horizonte compartido de políticas educativas y lingüísticas que perseguían un doble objetivo: conservar la diversidad cultural y lingüística de un amplísimo territorio heredero del legado grecolatino, de un lado, y, de otro, promocionar el aprendizaje de lenguas como herramientas de comunicación y conocimiento, como señas de identidad de millones de personas que habitan un mismo espacio y respiran un mismo aire y un mismo *Zeitgeist*.